



A



CORRESPONDENCIA
EN VERSO

RAFAEL ALBERTI
JOSE BERGAMIN

ROMA-MADRID



INTRODUCCIÓN A UNA CORRESPONDENCIA

SI mal no recuerdo, creo que sería allá por los años 20 cuando conocí a José Bergamín en el noviazgo con Rosario Arniches. Mi padre y mi tío Carlos Arniches veraneaban en Fuenterrabía y en el jardín de nuestra casa «Ariñarín» en la cuesta de Guadalupe, escribió el popular autor algunas de sus obras. Cuando bajábamos a la playa los niños de entonces —yo con una revuelta melena—, Pepe y Rosario nos acompañaban y charlaban bajo un toldo, muy vestidos, mientras nosotros correteábamos con nuestros bañadores enterizos o hacíamos castillos en la arena.

A Rafael Alberti, lo recuerdo también en el mismo ambiente familiar, en la finca que tenía mi tío Carlos en el pueblecito de Hortaleza, próximo a Madrid y que se llamaba «Huerta de Mena».

Había un viejo mastín y un caballo con el que nos divertía ir a la era a trillar saltando sobre las gavillas de trigo.

En una explanada sobre la fachada lateral jugaba algunas veces al frontón (más bien recogía la pelota) en los ejercicios de mi tío y otras veces trataba de parar los «chuts» que con un balón viejo y poca fuerza me enviaba Rafael cuando venía a la finca.

A «Huerta de Mena» llegaban a veces muchos actores de entonces y gente de teatro, Valeriano León y Aurora Redondo, Casimiro Ortas, Eloísa Muro (la madre de María Asquerino), Tirso Escudero, el maestro

Padilla..., mis primos eran forofos del Atletico de Madrid y una vez celebraron en «Huerta de Mena» la llegada a la final de la Copa del Rey contra el Barcelona en un partido que perdió el Atletico en la prórroga y donde falló un penalty «Pololo» y metió un gol con la mano Paulino Alcántara a Javier Barroso.

La celebración fue un almuerzo, un arroz que hizo mi abuela que era alicantina; allí estaba todo el equipo rojiblanco, los hermanos Luis y Alfonso Olaso, Monchín Triana, Quico Marín, Palacios, Ortiz de la Torre..., y todos me firmaron una fotografia que enseñaba luego con orgullo en el colegio.

Otras reuniones eran de signo intelectual y poético; Pepe Bergamín y Rosario, Eduardo Ugarte (que hizo con Federico «La Barraca» y novio de Pilar), Carlos Arniches hijo que había decorado «La Granja del Henar» y acoplado la Residencia de Estudiantes, José López Rubio, Pittaluga, Eduardo Rodríguez...

Algunas veces, Rafael que estaba enamorado de mi hermana Victoria, recitaba sentado en el suelo sus versos... y todos, en círculo a su alrededor, escuchaban su voz cantarina con cierto dejo andaluz, que luego en los años del exilio tomó cierta musicalidad entre argentina e italiana.

De aquel seminoviazgo con Victoria, saldría en las horas tristes de fracaso sentimental «Sobre los ángeles» quizá uno de sus mejores libros de poesía. Y el estanque y aquellos patos que cita en uno de los poemas, eran los patos y el estanque que lindaba con una de las tapias de «Huerta de Mena» junto a la casita de los guardas (se vería loco uno de esos críticos que explican los poemas para dar con el «quid» de aquellas horas emocionales en la juventud de Rafael).

Todos estos antecedentes son el preámbulo necesario para saber el cómo y el por qué de la llegada a mis manos de esta correspondencia inédita, documento literario íntimo y trascendental que ocupa estas páginas de LITORAL.

* * *

La guerra civil del 36, triste, injusta, amarga, cruel y lo que es peor, inútil como todas las guerras, separó familias, enfrentó sentimientos y provocó un éxodo intelectual masivo que duró casi medio siglo. Marcó a una generación y es imposible tratar de olvidarla, sus consecuencias están latentes, pese a todos los esfuerzos de muchos españoles, que lucharon en bandos diferentes. Esos 40 años de la dictadura han formado —deformado diría yo— a todos los estamentos de este país: la Iglesia, el Ejército, la Judicatura, las fuerzas de seguridad, la intelectualidad, los empresarios, los obreros. Apenas una juventud, esa juventud que no tomó parte se salva, impotente para vencer tantas falsas premisas, tantos falsos artículos de fe que aún pretenden ser mantenidos..., y pasa de todo.

* * *

Rafael Alberti, vivió largos años de su exilio en Argentina, luego en Roma...

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

...

...

Dejé por ti, todo lo que era mío
Dáme tú, Roma, a cambio de mis penas
Tanto como dejé para tenerte.

José Bergamín vive largos años de su exilio en México, allí transcurre parte de su España peregrina, y funda la editorial Séneca. Después marcha a Venezuela, después a París, hasta su retorno a España, de donde nuevamente se ve obligado a exiliarse, detenido por el director general de seguridad, Carlos Arias Navarro. Refugiado en la embajada de Uruguay y con la mediación de Bellini, otra vez marcha a América; Montevideo y sus clases de literatura, hasta un nuevo retorno a París y una nueva entrada en España —tiempos de De Gaulle— probablemente con la intervención de André Malraux.

Largos años median desde aquella mi niñez hasta el encuentro por separado con Rafael Alberti y con José Bergamín.

Encontré a Bergamín inesperadamente en el «Hotel Carihuela» de Torremolinos con su hermano Rafael que alcanzó una gran popularidad como arquitecto en Venezuela. Acompañaba a Pepe su hija Teresa, ya mujer la niña que yo recordaba. Había patrocinado Rafael de Penagos una exposición de Ginés Liebana en el hotel y a la entrada (nos acompañaba Imperio Argentina), saludó Magdalena a Rafael Bergamín. Intuitivamente descubrí a Pepe que no era ya aquel ser alto, desgarrado, con su afilada nariz; casi 30 años más sobre nuestras vidas, él no me hubiera reconocido !Cuántos recuerdos cayeron de golpe sobre mí!

* * *

A Rafael Alberti lo encontré allá por el año 69 en Roma. Ya publicado el núm. 3 de LITORAL que era un homenaje andaluz a su personalidad y su obra. Se habían cruzado cartas emocionantes y Pepe Jiménez Rosado, agregado comercial de la embajada de España en Roma, fue portador de algunas de ellas. Tenía como cierto aire de abad de monasterio, con una larga melena, el pelo completamente blanco; aquel bellozo de perfil griego, que recordaba mi niñez. Desde aquel encuentro y aquellos nuestros largos paseos por las calles de Roma, el Trastévere, los jardines de la Farnesina, tratando de recuperar con

invencible nostalgia ¡tanto tiempo perdido!, hemos tenido muchas horas de conversación donde se amontonaban a veces los viejos recuerdos.

* * *

En la primavera del año 1971 vino Bergamín a pasar unos días en Málaga. Le acompañaba su hijo Fernando y se quedaron los dos en «La Gaviota», mi casa de Torremolinos. Añoraba Pepe la casa de su padre en «El Limonar» (lo que hoy es el Sanatorio Bustamante) y me pedía recorrer una y otra vez la calle de Carreterías, la Plaza de la Merced, La Caleta, los recuerdos de su infancia. Aitana Alberti y Pepe Jiménez Rosado —tiempos felices— vivía en «La Gallarda» una casa muy próxima a la mía ya terminada la misión de Pepe en Roma. Bergamín, Fernando y yo fuimos a visitarles. Hacía largos años que no se veían Fernando y su padre con la Aitana niña de Buenos Aires.

Buenos Aires. El patio de una casa
con glicinas y rosas
y estrellas federales.
El Lange-ley, Aitana. Por las Heras
y Canning, en hileras
los verdes uniformes colegiales.

...

Y en «La Gallarda» surgió una conferencia con Roma buscando la voz de Rafael.

Sola, pasando el mar, tu voz llegaba
al oscuro rescoldo de la mía
querido Rafael, y despertaba
en su ceniza un fuego que dormía

...

Tenía emoción, entre bromas y sonrisas, con un sabor de lágrimas aquella conversación, primer encuentro sobre los años de los dos poetas, que vivieron un exilio diferente, no sólo en lugares diferentes, si no en el concepto del exilio mismo. Bergamín opinaba que había que estar aquí aunque fuera en silencio para no perder el pulso y Rafael juró no volver hasta el final de Franco y salía como una tromba ocasión tras ocasión frente a las persecuciones y la muerte desde aquel aire libre que respiraba en Roma.

Es sobre aquel encuentro telefónico como nace esta correspondencia de la que decía Rafael: «que no se podría publicar ni siquiera en nuestro doblemente Amado LITORAL».

Ha hecho falta un correr más de los años, pero ya ves, Rafael, que como tu coplilla a Luis de Góngora Lagartijo, que ya prohibieron en el «Papel de Aleluyas» de Fernando Villalón el año 27 y publiqué en hoja separada en el núm. 4, sale también, en tu “doblemente Amado LITORAL” esta correspondencia.

* * *

La muerte de Franco planteó a este país la difícil «liquidación de la dictadura». Cómo salir a una democracia después de 40 años dictatoriales, porque aún viva y latente la guerra civil del 36 ese cambio se pretendía hacer sin traumas, sin caer de nuevo en otro enfrentamiento de violencia y de sangre. Frente a los partidarios de la ruptura (entre los cuales me encontré) y que constituían las juntas democráticas que ya funcionaron en la clandestinidad, los partidarios de una reforma paulatina (postura que asumieron después, muchos de los que pertenecieron a esas juntas democráticas), decidieron y cayó la balanza del lado de sus planteamientos. Se impuso la reforma totalmente asumida desde el principio por quienes colaboraron con el franquismo hasta sus últimas horas.

Asumen la reforma al final y no la ruptura todas las fuerzas políticas numéricamente más importantes de la llamada izquierda: desde el socialismo al partido comunista. Había que desatar «lo atado y bien atado».

En ese lento reformar que comienza el año 1975, una sola de sus facetas toma viso de sinceridad, de autenticidad: la Monarquía.

La Monarquía no va a ser la monarquía instaurada por Franco, como eje de una planteada continuidad del pasado. La Monarquía va a ser una restauración de la monarquía tradicional, salvando 40 años y volviendo a el 14 de abril de 1931.

Algún día la historia medirá la parte que en todo esto ha tenido don Juan de Borbón y Batenberg, Conde de Barcelona. La renuncia de sus legítimos derechos en una emotiva y sencilla ceremonia familiar, legítimos derechos muy por encima de la voluntad de un dictador, la vuelta a España a su panteón en El Escorial de los restos mortales del rey Alfonso XIII la única persona que podía decidir y decidió en su día la sucesión, colocaban a la Monarquía en su verdadero ser (1).

Es necesario decir todo esto aunque sea muy suscintamente para entender y comprender los ataques a la burda monarquía que Franco trató de inventar y que contienen algunas cartas de esta correspondencia. Es muy posible que no esté lejana la hora, de un gobierno socialista dentro de la monarquía del rey Juan Carlos.

La gran mayoría de los hombres que vivieron el exilio y republicanos que lucharon en la guerra civil, ha ido reconociendo dentro del general

acontecer de la política (pongo intencionadamente con minúscula la palabra) la proyección independiente que sobre el panorama nacional e internacional ha venido jugando la persona del rey.

Todas las premisas de los manifiesto del rey sin reino, del rey en el exilio que fue el Conde de Barcelona, se han ido cumpliendo por su hijo. El broche definitivo tiene ya una fecha histórica: el 23 de febrero de 1981.

La joven, castigada, perseguida democracia, aparentemente «acatada» e hipócritamente «atacada» desde dentro por los continuadores del franquismo, supervive hoy por la viril y valiente postura de Juan Carlos I en aquella trágica y angustiosa madrugada. Lo que resuelvan consejos de guerra, la tolerancia, la cobarde actitud ante hechos tan manifiestos, tan terminantemente claros, es otro tema, es el reflejo de quién es cada cual.

El fantasma trágico del 36, la imposición ante el hecho consumado del 23 que costó a Alfonso XIII la corona, los coroneles de Grecia en versión española... no se ha repetido históricamente por la actitud de un hombre al margen, en su soledad, de todos o casi todos los estamentos del país.

* * *

Aunque aparentemente nada tiene que ver con esta correspondencia las líneas anteriores, hay que decirlo para que se entiendan algunas frases de los dos poetas en el año 71 y los siguientes.

Por lo demás aparte los valores literarios, la difícil facilidad, la emoción, «la voz y el eco» de que habla Bergamín, la rima obligada en tercetos y pareados de algunas cartas, da a esta correspondencia carácter de «acontecimiento literario». La nostalgia, la mutua comprensión, el sentimiento de las raíces de una patria en «lejanía y cercanía», el humor, la gracia, la inspiración, la amistad desde dentro, aún en posturas de enfrentamiento, surgen del corazón a la mano como hablando de poesía yo le decía recientemente en una carta abierta a Vicente Aleixandre.

LITORAL siente el orgullo de trasladar esta intimidad a unas páginas impresas.

JOSÉ MARÍA AMADO

(1) Y quiero aclarar esto de su verdadero ser. Pienso que se puede ser monárquico o republicano, pero el «ser monárquico» no tiene más que un camino en el siglo XX de nuestra historia: la monarquía tradicional que encarna el rey Alfonso XIII.

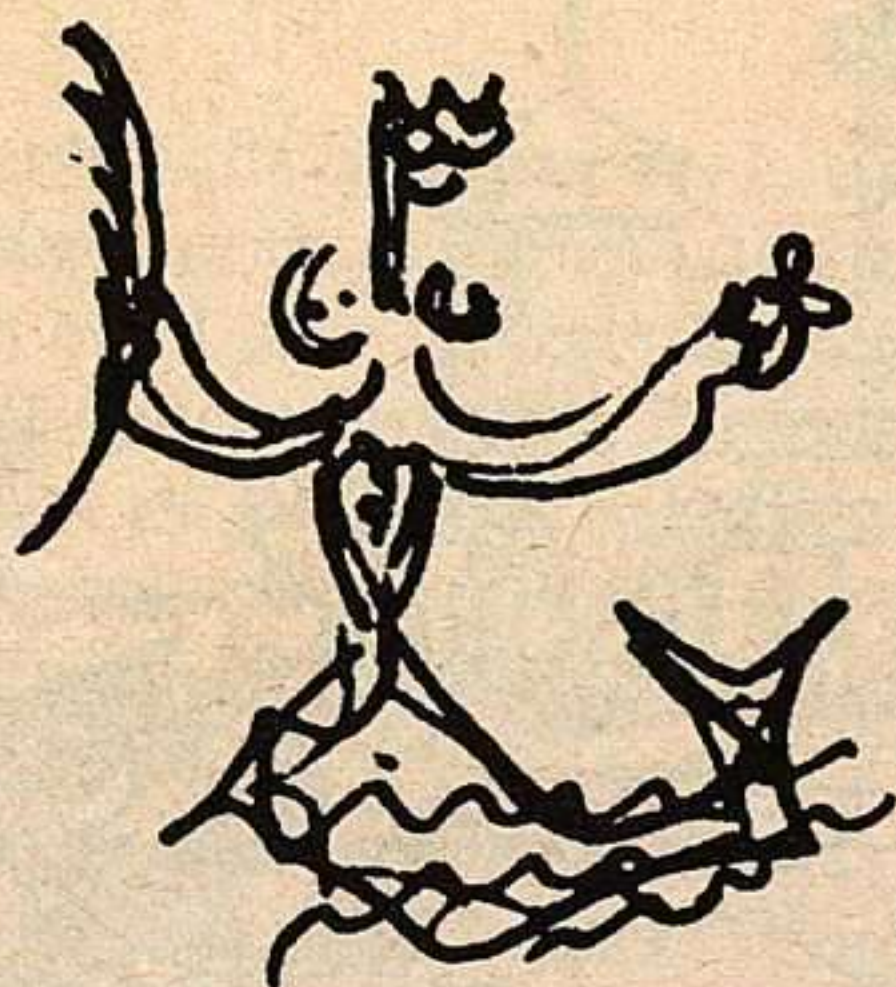
Alfonso XIII no renunció jamás al trono de España. Suspendió el 14 de abril de 1931 sus regias prerogativas por creer que no contaba con el amor de su pueblo y por evitar una guerra civil. Su testamento es un testamento histórico. La sucesión en la persona de su hijo Juan de Borbón y Batenberg es la continuidad de la Monarquía y su renuncia lo que legitima la persona de su hijo el rey Juan Carlos. Lo demás es Franco y la dictadura y los que quieren basar en la llamada «instauración franquista», la Monarquía, serán siempre «franquistas» y no monárquicos.

La monarquía de Alfonso XIII, las dos etapas dictatoriales: los 7 años de la dictadura del general Primo de Rivera y los casi 40 años de la dictadura del general Franco; la república del 1931 y el reinado de Juan Carlos I, son acontecimientos en la Historia de España que la Historia juzgará. Contribuyamos unos y otros a clarificar los hechos. La única versión no va a ser, no puede ser, la que den los que Bergamín llama «alabarderos del franquismo».



Roma, 11 julio 1968

¡Mi querido José María Amado! ¡qué sorpresa!
Recuerdo muy bien algunas tardes o noches en aquella
Huerta de Mena, diciendo versos cerca de un estanque...
Tú serías muy chico, pues apenas si hoy te veo en
mi memoria. Pero cuántas cosas hermosas y lejanas
me ha iluminado esta inesperada carta tuya.
Todo eso pasó en 1928. ¡Hace 40 años! En la época
de "Sobre los ángeles". Bien.



Mi querido José María Amado:

¡Qué sorpresa! Recuerdo muy bien algunas tardes o noches en aquella Huerta de Mena, diciendo versos cerca de un estanque... Tú serías muy chico, pues apenas si hoy te veo en mi memoria. Pero cuántas cosas hermosas y lejanas me ha iluminado esta inesperada carta tuya.

Todo eso pasó en 1928. ¡Hace 40 años! en la época de "Sobre los ángeles". Bien.



Antibes. 22-7-65

Jose Maria Amade!

Te cuento un gran relato
he esperado ver a Picollo
para llevarle el mismo tamaño.
su est. periodo, con mi libro - alegera,
el catal en red, la p...
A Picollo de la casa y a mi
70h. De la p...
El libro ~~constituido~~ la firma
en los libros que le llevé. Ahí
la firma. Oros por lo emocio-
nará mucho.

A DON LUIS DE GÓNGORA LAGARTIJO

¡Tu capotillo, Don Luis,
tu capotillo de oro,
mira pue me cufe el toro!

Mi amante en su puerido
me está poniendo los cuernos.
Ya suelte tauru o ternu,
son un cabroñ consentido.
Si puien mirar erquido,
me pesc le frente y lloro.

¡Tu capotillo, Don Luis,
tu capotillo de oro,
mira pue me cufe el toro!

Todas las noches del año,
el hijo de la gran puta,
con mi amante prostituta,
viene y va del uro al caño.
Y por jino es por el baño,
viene y va del caño al uro.

¡Tu capotillo, Don Luis,
tu capotillo de oro,
mira pue me cufe el toro!

Esta letrilla me la censuraron
en 1927 y no pudo aparecer
en el "Papel de Asturias"
predicada entonces F.
Villalón. Sería estupendo
que ahora la publicara,
sí, aunque fuera fuera
del número, en un papel
de color. Tú verás.

Quero. Te felicito de
nuevo. Mi Tema, Aitana
) y te deseo - deseo
o Todos - los días,
con amor.

Mis felicitaciones por lo que
sea o si en Roma por
lo o mi en España,
de amor.

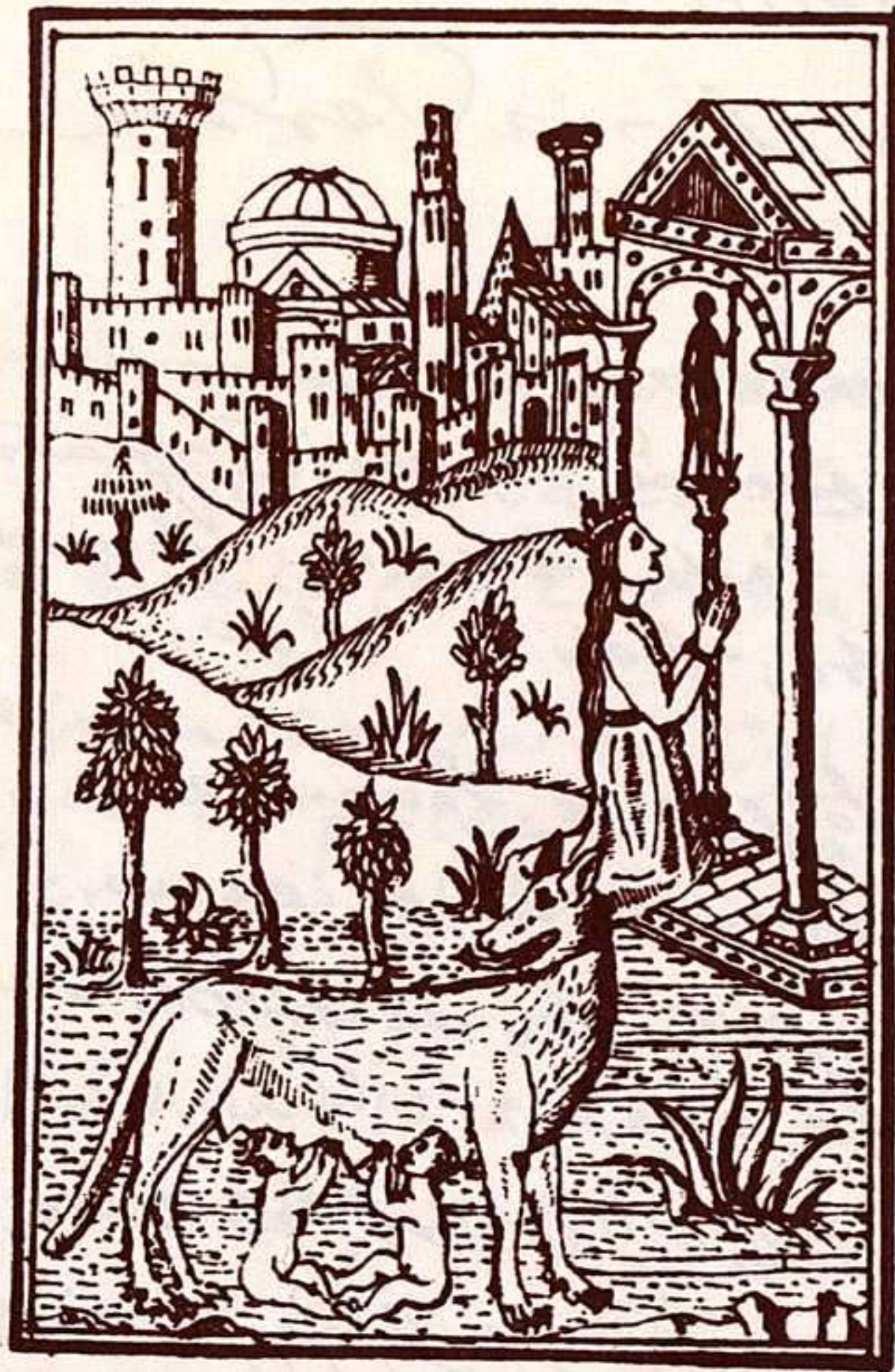
Amor, querido.
sin ser.

Pedro Alberti

Aitana: te mando con nuestra carta, en verso, a Bergamín,
ya que conoces las anteriores. Sospecho - eres que ^{con} bastante cla-
ridad - que este tampoco podrá publicarse ahí: por ejem-
plo, en nuestro doblemente Amado "Digital".

Seguimos, como ves, en Antich, peraiso del Buce y purga-
torio de la Babucha. El Buce está descubriendo el amor
y esta noche - por primera vez - no ha metido a casa.
He recordado una copla de Villalón:

Dónde estará ese muchacho
en donde se habrá metido.
no sé si estará borracho
o si alguna mala memoria
me lo habrá comprometido



Málaga. (Torre molinos). ¡Ay!...
4, Mayo. 1977. (4.º del vecindario de
(Cabo-Peñaveral)

Queridísimos Gabriel
y María Teresa:

Escombros y rescacielos
es lo que se ve en España;
De un lado, todo se hunde,
Del otro, todo se alza.

Pero lo que se levanta
¡ay! es norte americano.
Los españoles se afochan.

Los que dan, el sol, el aire, el mar,
la Tierra... y Gitana.

Que Dios os guarde y
a mi el diablo. Abrázos
Alfonso

CARTA A JOSE BERGAMIN

Querido Bergamín: ya no se estila
escribir en tercetos una carta
siguiendo el hilo que la rima enfila
como la aguja azul que en Calycanto
alegremente la palabra ensarta,
antes del crimen, el destierro, el llanto.
Quiero decirte que tu voz me vino
del litoral de Málaga hasta Roma,
sintiéndolo en ella nuestro igual destino.
Juntos nacimos a la poesía,
juntos la vimos inicial paloma
y también juntos como se moría.
Era para vivir, mas no vivimos.
Era para morir, mas no morimos.
Pero ya nunca audeo, mas caminamos.

El agua fresca y pura se hizo fuego.
Dónde pasamos, todo lo encendimos
y dimos ojo al que estaba ciego.

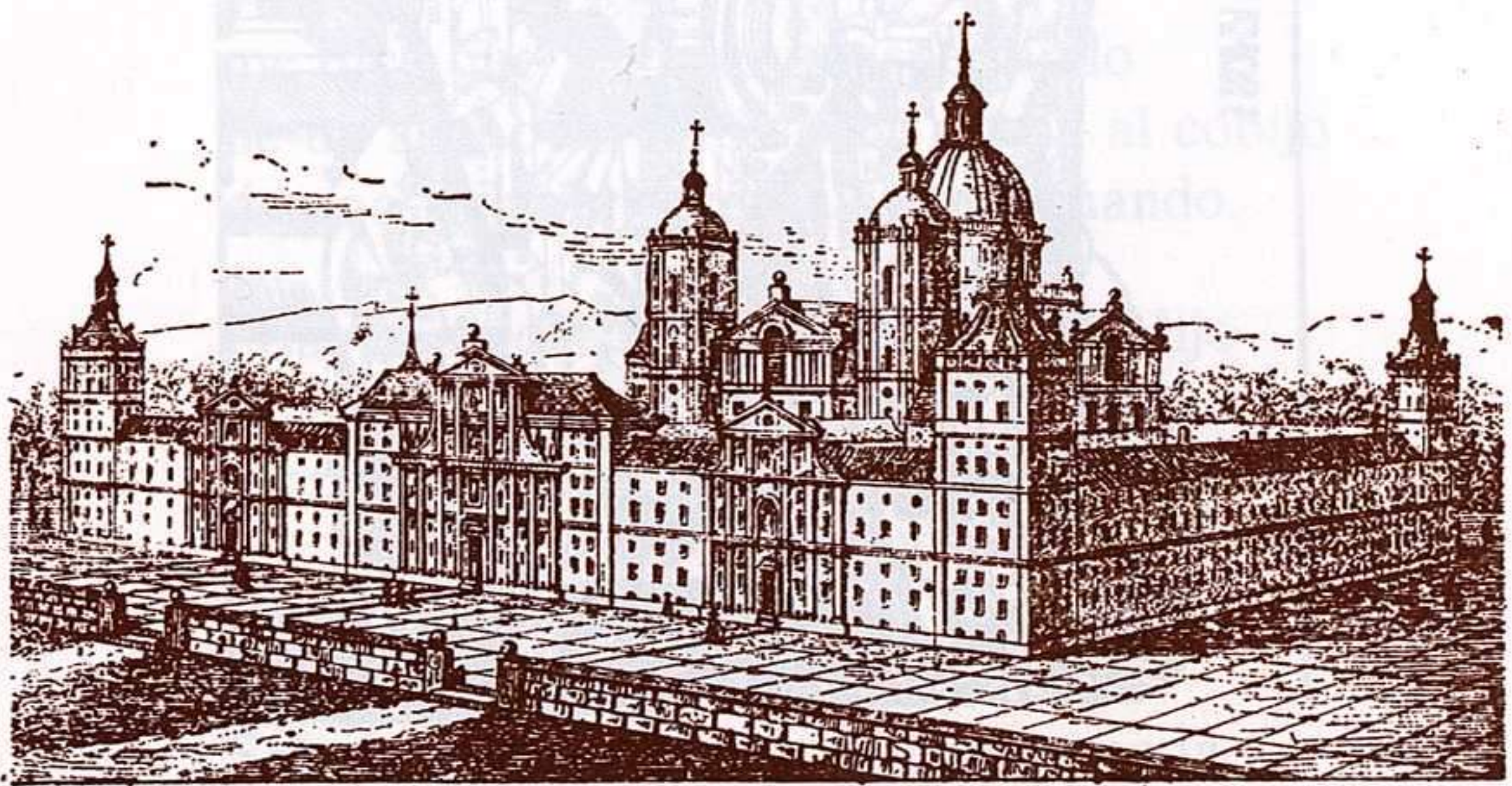
Duro ha sido el vivir, pero más dura
la pena del que allí pena sin vida,
esperando una luz que lo fue oscura.

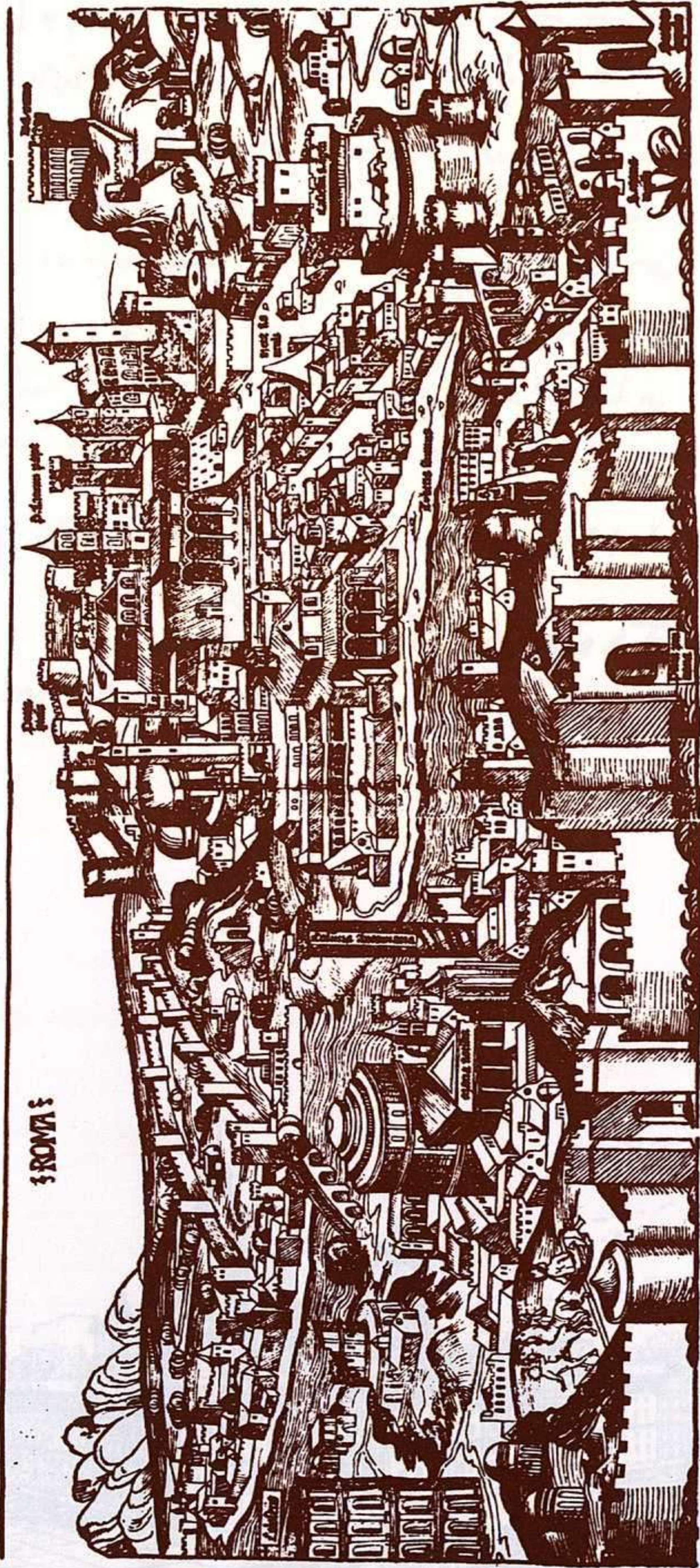
Pero quien perdió al fin es hoy quien gana
zenti en tu vieja voz amueñida

•) que en mi vida nos muestra más que
ya sin prunedos de la despedida.

Ref. el Alvert.

Rma. 10 mayo





ELEGÍA A RAFAEL ALBERTI

SOLA, pasando el mar, tu voz llegaba
al oscuro rescoldo de la mía,
querido Rafael, y despertaba

en su ceniza un fuego que dormía.
Tu solitaria voz, que en las sonoras
soledades del mar me parecía

traspasar en su vuelo el de las horas,
de luz y no de sangre y no de llanto
enciende ya tus noches sin auroras.

Como si tu pasión de cal y canto
en la noche andaluza la estrellada
la enmascarase en eco de su espanto

y al leve clarear de su alborada
volviese a su silencio estremecido
tu luminosa voz ¡ay! desterrada.

Huyendo ahora el español ruido
quiero escuchar tu voz que “tan callando”,
tan lejos y tan cerca de mi oído,

me dice que me estoy despertando
de un sueño en otro sueño y que al cobijo
de una España perdida estoy soñando.

“Saber perder es lo español”, nos dijo
el que puso en el puño de su espada,
sacrílego impostor, un crucifijo

para mentirnos su infernal cruzada.
Saber perder tal vez no fuese todo.
Saber ganar ya vimos que no es nada.

Pero lo que sabemos de ese modo
es que el tiempo mortal nos encadena
atándonos con él codo con codo.

Porque sabemos que esa oscura pena
tiene sabor de sangre y que no mata;
que no juzga: no absuelve ni condena.

Por ella el corazón que se delata
a sí mismo en el pulso de su fuego
por sí solo se ata y se desata.

Y, como huyendo de sí mismo, luego
se esconde en la tiniebla del sentido
sin sentir que está sordo y está ciego.

Ahora, Rafael, tu voz ha sido
la que vino a decirme cómo siento
todo lo que los dos hemos querido

de una España que nuestro pensamiento
trasmutó por el sueño en lejanía
y en cercanía por el sentimiento.

Porque yo pienso y sueño todavía
que pensar y soñar nunca es en vano
si se vuelve palabra la poesía
como fuego veraz en nuestra mano.

Y yo junto a la tuya con la mía.

Madrid. 15 de mayo. 1971.

A JOSÉ BERGAMÍN

QUERIDO Bergamín: me ha entrado ahora, después de no escribirte en tantos años, la locura de hablarte llanamente en este ya ultrajado verso métrico, prisionero gustoso de la rima o, corzo blanco, libre en apariencia.

¿Qué sucedió, qué penas y qué luces me encendió aquella voz que desde España, por encima del mar, voló hasta Roma? ¿Eras tú o quién? ¿Qué cosa viva era? ¿Qué sucesión desordenada o ríos de días y de noches me llegaron?

Estoy aquí en el valle del Aniene, valle verde con agua, finos álamos y un viento de arias tristes que me sube un no olvidado Juan Ramón primero, no el mala sangre inquisidor tiránico, rencoroso y tenaz de años más tarde, sino aquel de las horas madrileñas, atento en su azotea hacia el poniente.

Sobre este valle estoy, en las montañas de Anticoli Corrado, un pueblo apenas, de olivares cansinos con sus ramos por las pendientes, viñas y nogales, bellas modelos, hoy lentas ancianas, que alquilaban su cuerpo a los pintores cuando el desnudo no era un signo abstracto. Aquí subió Corot con sus paisajes y aquel autor de "La Isla de los muertos" y tantos españoles que creían, ya en el yerto crepúsculo de Italia, volverse grandes con venir a Roma.

Anticoli Corrado... Una terraza
con malvas luminosas, con higueras,
parras colgantes y un dejado olivo,
desde donde Machado me habla a veces,
pienso en Jaén y escucho a Federico
por los jardines de la Residencia.
Allí por vez primera en sus senderos
de estrechas sombras vi a Guillén, Salinas,
Buñuel, Moreno Villa, Emilio Prados...
y al ahora notablemente estúpido
Dalí, un muchacho prodigioso entonces.

Confusamente veo y mezclo todo:
la alegría inicial junto a la sangre
que corrió luego y anegó las voces
y no fue fácil ya cantar serenos.
Tú estabas con nosotros pues nacimos,
con diferente edad, el mismo día,
y un toro nos mató también la tarde
que mató a Ignacio contra la barrera.
Vamos ¿adónde? Con Villalón vamos
por el Guadalquivir... Pero en Sevilla
ya no hay nadie ni nadie por el Puerto.
Está vacío todo, solamente
quedan las sillas donde nos sentamos
en tantas partes..., mas tal vez ni eso,
pues la que ocupas en tu patria ahora.
no es la tuya, es prestada, es la de alguno
que condesciende a dártela un instante.

... Pero fuimos dichosos en las lágrimas.
Querrían vernos muertos y enterrados
en otro valle oscuro de caídos
afuera... ¿En dónde? Es grande nuestro mapa,
y nuestro valle no sería nunca
como aquel triste archivo de cadáveres
sino como este valle de Aniene,
de verdes y espaciosas arboledas,
con sol y golondrinas que de pronto
se van felices para volver luego.
Si no temiera por su vida, ahora
le entregaría a una este mensaje:
A José Bergamín. Madrid. España.

RAFAEL ALBERTI

QUERIDO Rafael, mirando el vuelo
tal alto en el abismo de este cielo,
de oscuras golondrinas becquerianas,
cada vez más oscuras y lejanas
(vuelo que nunca llega a mis balcones
visitados por finos gorriones
de esta Plaza Mayor guadarrameña
todavía en su cielo madrileña)
siento que nuestra propia lejanía
me vela el alma de melancolía.

Acaba de saltar junto a mí ahora
un saltamontes: finge que me ignora;
tal vez viene a traerme otro mensaje
tuyo; tal vez, con su atigrado traje
y su ágil salto, intenta ser diseño
de un cigarrón de veras madrileño.

Y es que Madrid cuando el calor lo agosta
padece feas plagas de langosta:

¡tantas cigarras, tantos cigarrones
y tantos gringos! ¡ay! por sus rincones
devoran con hambriento afán de asombro
todo lo que en Madrid queda de escombros!

En esta plaza, hoy patio carcelero
en la que el Rey Felipe es prisionero,
me acuerdo demasiado todavía
¡ay! de lo que acordarme no querría;
cuando olvidar, en cambio, no quisiera
de la que fue su vida verdadera.

Quiero acordarme de sus Fortunatas,
y de otras Doroteas, todas gatas;
de Isidras, Mari-Pepas y Susanas,
hijas del pueblo todas galdosianas.
Y pienso que en el cielo estaba escrito
(en el de aquí que es el de don Benito).
Que al perderse tan grandes maravillas
perdiésemos nosotros nuestras sillas.

Ahora miro, de pie, por la mañana
temprano, esta realísima desgana
de todo, tan de veras española
que se reconstituye por sí sola.

Veo pasar carrozas irreales
con sus Embajadores fantasmales
dentro, y acompañados de clarines
como los rubenianos paladines,
rodando en sus carrozas por los suelos
como las golondrinas por sus cielos.

También veo esperpénticos desfiles
de curas, monjas y guardiaciviles;
cuando no son tunantes teatrales
que mienten folklorismos culturales.
Y lo que es más, puntal de tal cultura,
la máquina infernal de la basura.

(Ahora mi cigarrón se ha ido volando
y yo, al verle volar, esto pensando
sin volar ni saltar, estarme quieto,
diciéndote al oído este soneto:

ECCE ESPAÑA

Soneto

TIERRA de santos y de cantos:
de santeros y de copleros;
de bailaoras y toreros;
de maravillas y de espantos.

Y de tantos y tantos y tantos
místicos y pícaros y logreros
y caballeros milagrerros,
si malas capas, peores mantos.

Gente que baila siempre al son
que le tocan para su danza:
danza que sale de la panza

para hacer de tripas corazón;
que con razón o sin razón
lleva todo a punta de lanza.

Esta lanza se ha vuelto caña hueca
(con música o son música de Chueca:

pues la “marcha de Cádiz” suena extraña
cuando gritan los gringos ¡viva España!

Y cuando en su agresivo mal inglés
siguen cupleteando “¡oh yés; oh, yés!”).

Toda España se ha vuelto colonial
desde el Sagunto de Cañaverl.

Y trafican en frutos coloniales
los liberales intelectuales.

Al cabo todo es caña que se lanza
hasta el fin de su danza y contradanza:

que al fin y al cabo en cosas tan reales
cocacolean los cañaverales.

Y se pudre en un agua empantanada
la "obra de Dios" americanizada.

Se encharca en su hervidero renacuajo
la ardiente estirpe de Martín Artajo:

se pudre en contubernio dialogante
de enternecido afán galvanizante,

si duro de pelar, porque no es tierna
pasta española la que lo encuaderna.

De estupidez satánica es abismo
el orangutanesco arangurismo:

ética tan perlética y peluda
(con pintas y con puntas de cornuda)

tan iribarnizada en policía
que hasta un sanchez-bellaco envidiaría.

Otrosí se prolonga el desorientado
de las viejas vestales de Occidente

y ya no es misterioso el chalaneo
o traficar de su filosofeo;

que es un filosofar tan juliano
que cabe en la cabeza de un gusano

y que agusana, pudre, juliana
todo lo que le toca y le rodea.

Pues de los poetrastos no se diga:
gatitos son maullantes de barriga.

¡Ay, nunca se volvieran tan cochinos
los dámasos alonsos gongorinos!

Berracos de una Circe encantadora
de la Real Academia servidora;

que con patas y patos patalean
el aguachirle en que se acochinean.

Te advierto, Rafael, que no te fies
de esos domesticados jabalíes.

Ni de otros más o menos sedicentes
españoles de Españas diferentes.

Quiero, para no hacerte tan pesado
mi banderilleante pareado

monótono, romper de cuando en cuando,
para seguir contigo dialogando

sin sonsonado son monologante;
sálgase esta letrilla por delante

MADRID CASTILLO FAMOSO

MADRID fue castillo moro:
hoy es norteamericano
empeño rascaceleste
de lamerle el culo al gato.

Del pueblo de Don Ramón
de la Cruz y de Don Ricardo
de la Vega, no quedó
ni siquiera el escenario.

Del “aire, el bulto y la gala”,
de la majeza y el garbo
de los “gatos” de Madrid
no quedaron ni los rabos.

Todo se murió de miedo,
se paralizó de espanto;
de Chamberí a las Vistillas;
de Maravillas al Rastro.

La Plaza Mayor es momia,
cadáver embalsamado.
La vieja Universidad
panteón, como San Carlos.

Le han salido a la Almudena
cuernos de toro embolado.
Y las manadas de ciervos
huyen del monte del Pardo.

Los viveros de la villa
al fin se villanizaron.
El aprendiz Manzanares
aprendió a quedarse en charco.

El Retiro, de sí mismo
se retiró ensimismado.
Se hizo campo de recreo
toda la Casa de Campo.

Calles, plazas y plazuelas
desarboladas, mostraron,
ya sin sombra, ya sin eco,
sus propios fantasmas vanos.

Velázquez se quedó cojo
y Goja se quedó manco.
Cervantes se quedó mudo.
Calderón estupefacto.

Lope escapó de Madrid
con Dorotea en los brazos.
Don Francisco de Quevedo
dándose a todos los diablos.

Volvió a suicidarse Larra.
Galdós a resucitarlo.
Arniches y López Silva
perdieron sus barrios bajos.

Suspirante, un paso-doble
se marchitó en el Botánico.
y ni se acuerdan de Bécquer
“los gorriones del Prado”.

Perdona, Rafael, este añorante
y trasnochado y sonambuleante
decirte en viejo madrileño neto
lo que ya para nadie es un secreto:
que este Madrid tan americanado
es un pájaro muerto y disecado.

Tú estás ahí más cerca de esa Roma
que yo lo estoy aquí de la Paloma.

Se quiso tanta paz de palomar
que ya todo se ha vuelto militar:

pues se evita la guerra fratricida
con militarizar toda la vida;

porque no hay nada más seguro y cierto
que destruir lo vivo con lo muerto.

Aquí estamos yo creo equivocando
una paz militar de contrabando

con tal de instituir o de enrocar
un rey entre la espada y el altar.

Hay altar y hay altares todavía
de pícaro-volante altanería.

Y tronos y troneras de repuesto
que en otoño se irán con viento fresco;

que se irán o vendrán, oscuramente
como las golondrinas, de repente,

pudiera ser que nos la hicieran buena
y que fuera *sonada* otra verbena.

Entretanto yo miro, Rafael,
la viva claridad de tu cartel.

¡Qué fino, qué bargoso, qué torero!
¡Qué mentiroso ¡ay! Qué verdadero!

Burla burlando dice lo que quiere
y al fin tu estoque, sin decirlo, hiere.

Mientras que a Luis Miguel (decirlo es triste)
le pesa ya hasta al traje que le viste.

Ha dalilalizado su toreo
cortando unos bigotes por trofeo:

**Y apresando su sangre tan torera,
en un corsé que es una bigotera.**

**¡Cuándo, si no se viera, se creería,
un Domingúin de esa bigotería!**

**En cambio, su cuñado, el gran Antonio,
se ha ido del toro como del demonio.**

**Ordoñez, siendo el rey de la verónica,
se cortó una coleta supersónica.**

**El toreo andaluz tiene de vida
lo que le quede a Antonio Bienvenida:**

**que lo demás será “cordobesismo”
devorador suicida de sí mismo.**

**Entre tantas tristezas, Rafael,
¡qué alegría la alegría de tu cartel!**

Madrid. Domingo, 15 de agosto de 1971

Querido amigo X.: hoy quisiera
escribirte una carta enredadera,
una carta liana apresadora
y a un mismo tiempo saltamontes: salto
en laberinto ciego a toda hora,
laberinto español, desde lo alto.
En el altar del Campidoglio.

Roma.

Por transparencia, España.

¡Qué sentados cangrejos
y qué inmensa legaña
encastrada en un bocio con tracoma
al centro de una negra telaraña.
(Perdona. Siempre vivo
entre el mirto romano,
una guadaña
y algún burro explosivo.)

Veo el Vaticano.

Con Lola Montes dentro. ¡Quién diría
que ha podido instalarse allí después
del Papa Contadino Giovanni XXIII!

En Zaragoza ha disentería
o cólera. Mejor, Dios mío, fuera...
*(aquí, autocensurándome, me ahorro
una sutil estrofa, aunque no borro
el vocablo en que acaba:)* cagalera.

Seriamente,

ya no existe la muerte de repente.

¿Qué haces en esa cueva,
en ese ruedo triste,
esa plaza de lidia tan oscura?

Aunque yo sé muy bien lo que ahí te lleva,
el viento... *(censurado)* ...que te embiste
sólo es viento... *(de nuevo la censura.)*

En verdad, que no veo
bien a tanta distancia y que me parte
ya no saber del arte,
del arte aquel tan grande del toreo.

Mas ¿qué toro saldrá? ¿Quién no se atreve
a predecir... (*Borrado*) ...profecía?
¿Será... (*borrado*) ...la monarquía?
No sé. Tan sólo sé
que nada veo en lo que no se ve.

1900 ya y 71.

Casi a 100 años ¡ay! de la primera
República española.

(*Dejo aquí solamente:*) escupidera...

(*y algo más:*) ...tercerola.

(*El resto, censurado,*

menos la última palabra:) Estado.

A mi modo de ver,

llegó la hora...

(*Aquí no dejo nada, o casi nada,*

solo:) ...descomponer...

(*Y tal vez de pasada:*) ...su excelencia...

(*censurado*) ...su obra redentora.

(*Otra línea borrada,*

menos su fin:) ...¿paciencia?

¡Qué desastre,

después de tanto tiempo el perder un minuto!

(*siguen feas palabras, como:*) ...esputo

y el traste.

Mi barrio del Trastévere.

Desciendo

sin espanto, tranquilo,

hasta la plaza en donde a canto y filo

el agua de una fuente está corriendo.

El reloj. Y otro día

que me dice que el tiempo sigue huyendo,

en las campanas de Santa María.

(*La firma aquí, con una tachadura.*)

Y un gran abrazo (*pero sin censura*).

DE X A X

QUERIDO Equis, ¡ay! ... ¿Quién nos dijera
que en este ultra fascista mundo inmundo
despierta de su sueño Segismundo
y no se siente fiero?

Huyendo de esta plaza carcelera
ahora me voy a otra,
en la que hay otro rey y otra potra,
de trazo velazqueño
(oscuro bronce equino
y siempre filipino)
que abriéndose hacia oriente
desorienta mi sueño,
equivocadamente,
con otro desatino
que podrá ser tal vez un cuento chino.

Sospecho que otro viento,
si no ya ventolera,
me lleva en su polvoso remolino
de horas, como hojas, muertas,
a donde no quisiera.

“Descaminado, enfermo, peregrino”...
mis tristes soledades más desiertas
como sombras de un fuego
apagan sus despojos llameantes
sobre ascuas humeantes.

Presiento un explosivo burro ciego
que, en medio del camino,
esperando a otros ciegos Rocinantes,
oyera, ante el abismo tenebroso,
el eco de un rebuzno temeroso.

Yo me encuentro tan solo, tan perdido,
ignorado, aburrido,
oscuro y errabundo,
y tan desconocido,
que siento, dolorido,
que una incógnita más no importa al mundo.

Equis soy... Equis eres... Equis fuimos...
Y somos, de repente,
dos equis juntas como el Siglo XX.

Nosotros lo quisimos.
Lo seguimos queriendo.
Despejar las incógnitas riendo.
Y hecho el despejo, el toro está en la plaza.
“El toro es una mona”.
Dijiste bien. Y al aire lo pregona
con su cuerno de caza
(pero no con los suyos afeitados)
quien para los astados
el festival aplaza
de bula en bola de su misma traza:
que para tan reales embolados,
última mona, ésta, otra vez, sería
la carambola de la monarquía.

Despacio, muy despacio,
por invisibles manos fantasmales,
se encienden los faroles de Palacio.

Tal vez esperan otros funerales
que quieren alumbrar
como no lo querían en el cantar
que empieza: “de los árboles frutales...”
Y que por consonar como un Borbón
prefiere el gusto del melocotón.

El viejo refranero de Castilla
nos dice que una cosa piensa el bayo
y que otra cosa piensa el que lo ensilla.
Y cuando el que lo ensilla es un lacayo
piensa más en el pienso que en la silla.

Me preguntas que qué hago en esta cueva.
Pues no hacerme ilusiones
de que veré caer ninguna breva.
Pero veré caer melocotones.

¿Torearías conmigo mano a mano
la equis del bisonte altamirano?

Entre dos equis como entre dos luces
la incógnita de España todavía
no se despeja: porque se hace cruces
con equis la tartufa beatería.

No sé bien de qué Montes o qué Lolas,
que hayan o no perdido su camisa
(Lolas que duermen más o menos solas)
me hablas con tan incógnita sonrisa.

Pues siguiendo el Concilio Vaticano,
en Roma, la ramera apocalíptica,
por la equis sublime de su arcano,
se ha vuelto sinodal y sicalíptica.

Dos equis tuvo el Papa Contadino
y un tres: el del triángulo divino.
En números romanos por supuesto:
que pueden ser literalmente un “vi”
(sin que suponga un “vine” y un “vencí”)
en el romano VI de Pablo Sexto.

Vista y no vista en esta negra España
que dices que esa Roma trasparente,
una mediolunática guadaña
hoy siega, ciega de pasión violenta,
la testa levantada del Gran Caco
(se liquidó su deuda fraudolenta
con la feliz rebaja del tío Paco).

Se corta por lo sano o lo podrido
(divina operación de cirujía)
la historia del ladrón desconocido.
(Culpable que a sí mismo se amnistía
no niega su delito, lo declara:
y a la vez lo enmascara y se enmascara
en reo, en delator y en policía.)

En fin, que consonando con madroño,
para no disonar con nombre feo,
te digo lo que veo,
que es un hermoso otoño.

Y éste, ya es otra cosa
que no puede decirse que pardea
o que verdinegreá
o que, amarilleante,
“émulo de la llama y de la rosa”,
se vuelve juvenil y extravagante.

O contrabandeante.
Que no hay cosa en otoño que más sea
al par desventurada y venturosa,
doliente si gozosa,
como verde vejez que amarillea.

Y aquí hago punto ahora
a mi decir oscuro y lamentable.
De equis a equis mi equidad te añora.

Y te mando otro abrazo incensurable.

A X, EN EL AEROPUERTO ROMANO DE FIUMICINO

QUERIDO amigo X (X sola,
sin la K y sin la Q por compañía,
como J. R. J. lo quería):
llegaste a Roma y ya te vas tan presto
sin besar el anillo de la Lola,
acto que hubiera sido deshonesto,
pues no es nada sencillo
besar el ano al Papa sin es anillo.

Pero de todos modos: ¡Aleluya!
No para España en donde el Gran Enano
se salió con la suya
con un millón de muertos por su mano.
¡Aleluya, Alegría para ti
y para mí porque al final te vi!:
como siempre, tan tieso,
tan ufano,
puro hueso,
hueso mondo
y lirondo,
hueso puro
que habla, que piensa duro,
hueso digno de ver
y no tocar: por eso,
el hueso más difícil de roer.

¡Oh, qué extraño, poder
seguir así después de tanto daño
y todavía sacudirle el paño
a esa inmorable y no inmortal araña
que humea,
que se mea,
que pardea
en el centro de España.

Te digo adiós en Roma, alzando el vuelo,
aunque no te lo digo,
mi gran X amigo,
porque no hay despedida
cuando la vida es ya como tu vida
y tienes por delante todo el cielo.

X

(Carta entregada en mano)
Aeropuerto de Fiumicino
Roma, 5 nov. 1971.

X

CARTA URGENTE PARA EQUIS

QUERIDO Equis más que nunca amigo:
después de aquella carta llevada en propia mano
al tan siempre distante aeropuerto romano,
¿qué sucede? me digo.

Un silencio, cargado
de esas terribles cosas,
denigrantes, impunes, vergonzosas,
que allí pueden pasar únicamente,
se prolonga tal vez demasiado.

¿Es tu morada nueva
en la Plaza de Oriente
a lo que estar callado
tanto tiempo te lleva?

¿Es por sentirte acasod e algún modo,
al verlas tan cercanas, la estatua de un rey godo?

¿Es el terror lo que te paraliza
la mano; el recibir de pronto una paliza
por contemplar en un escaparate
de alguna librería

—¡Oh infame disparate!—

un libro de Machado,
o por entrar en una Galería

de Arte, para admirar, pongo por caso,
25 grabados de Picasso

y ser allí quemado
con ellos por la ley

que impone a sus guerrillas un tal Blas Cristo Rey?

Scherzo negro aparte, Equis querido:
Yo sé que tu silencio no es debido
a nada de esas cosas, pues valiente
has demostrado ser más que otra gente
o que tantos ilusos fanfarrones
que andan siempre en la boca los cojones
y que luego se apagan
porque se cagan o porque les pagan.

¡Oh cuánta pena siento
por lo que allí sucede en esta hora,
cuánta oscura agonía en crecimiento
por esa luz que tanto se demora!

Y para colofón,
volviendo nuevamente al triste caso
de España con Picasso,
te diré que hay un libro, “Picasso en Avignon”,
que —*joh dichosa ventura!*—
con “un Dios guarde a Vd. por muchos años”
(por muchos coños y por muchos caños)
lo ha desaconsejado la censura
del Ministerio Azul de Información.

Y aquí, mi Equis amigo, con otros “Dios te guarde”,
te digo adiós... porque la cosa arde.

X.

DE X A X (con retraso)

QUERIDO Equis: llueve y hace frío
en esta Roma que se desbernina
de rincón a rincón, de esquina a esquina
y que cada mañana
sufre el gran desvarío
de la eterna estultez democristiana.

No sé ya qué es mejor:
si soportar aquí pacientemente
la solapada y triste sacristía
de esta pálida gente,
o del mal esperar allí el peor:
la parda monarquía
asomarse al balcón de la Plaza de Oriente.

Da igual, pues nuestro tiempo nos adiestró en el arte
de comer mierda seca o verde en cualquier parte.

Noche. Sigue lloviendo
con movimientos sísmicos bajo la mar de Ancona.
Duermo tan poco ya, que no durmiendo
sé antes del alba lo que está muriendo,
lo que antes de nacer se desmorona.

Equis, pienso en Irlanda,
en los *parás* que manda allí Inglaterra,
en el fiero silencio que por las calles anda,
enfrentando la guerra.

¿Qué escribir ya? No tengo
más España en el negro de la tinta.
Sólo de repetirla me sostengo
y a tantos años ya se me despinta.

Mas si de pronto llega a las antenas
ese terror que hasta mi insomnio baja
gritos, disparos, cárceles, condenas,
vuelvo a ser calle y punta de navaja.

Te digo adiós ahora y pediría,
en este adiós que ahora ya te digo,
que sin cesar tu pluma me escribiera,
pues más que pluma es aire y cercanía,
lo que tanto me falta, Equis amigo.

X.

¿Te llegó la tarjeta postal que te escribí
firmada con Picasso en Notre Dame de Vie?

DE X A X

EQUIS, amigo mío,
recordarás que en tiempos no lejanos
decía Rubén Darío:
“comienzan su obra los gusanos”.

Obra que es “opus vermi” y no “opus dei”.
O sea, operación
de mágica y divina institución
real de cualquier Rey.

Digo de un Rey cualquiera
siempre que le sea fuera
de la ley —que es su ley sucesoria—
por serlo de impostura perentoria.

Tendremos luego, luego,
para el fervor clamante de su charca,
un rey de palo o un dragón de fuego:
si el dedo misterioso de la Parca
corta el hilo mortal, el sutil hilo
que tiene todavía tan en vilo
el lento agonizar del cocodrilo.

Funerales sangrientos tal vez sean
los que en negro horizonte borborean.

No. Pese a tu dolor,
a tu sentir y a mi sentir dolidos
(tan separados como tan unidos)
creo que el mío aquí sí es el peor.

LA AMISTAD DE LOS MUERTOS

TODA España es cementerio
al sol y a la luna, en ella
la Muerte asiente su imperio.

Con Rey o sin Rey es Reino
de la Muerte, que extermina
hombre a hombre y pueblo a pueblo.

Todas estas muertas gentes
españolas, no son muertos,
son “cadáveres vivientes”.

Como lo quiso Loyola
la “obediencia cadavérica”
es la virtud española.

A tan siniestro existir
le llaman los españoles
“reinar después de morir”.

Que aquí el que manda es un muerto
pudriéndose en sus gusanos
que le obedecen comiéndoselo.

Toda España es Escorial:
panteón de muertos que esperan
su pudridero real.

(Del “valle de los caídos”
mejor es no hablar siquiera:
son muertos archipodridos;

menos el que no lo era
y por no serlo cayó
en muerte tan embustera.)

Cementerio España entera
y, al cabo, macabra danza,
que, como Larra dijera,
“aquí yace la esperanza”.

Porque lo que aquí escucho y aquí veo
y aquí siento y me ahoga con su peste
hasta la angustia de un mortal mareo,
es que un vuelo de cuervos al Oeste
con su horroroso hedor nauseabundo
se extiende a todo el universo-mundo.

Aquí nos dicen que no pasa nada,
que todo es agua presa empantanada.

¡Ay! Si no pasa nada, todo pesa.

Una prefabricada Monarquía,
prestada o pre-estafada por Matesa
—de la que es sombra y eco—
espera cada día la alegría
de un Príncipe real que se haga el sueco.

Que es más social un Rey de Suecia
que un coronado coronel de Grecia.

(Y ya otra Monarquía sin Monarca
huele a podrido desde Dinamarca.)

En fin, Equis amigo, yo quisiera
que mi voz, que mi carta te llevara
algo que ya no fuera
como hasta aquí lo fue, la leve y rara
palabra volandera
que del papel se queda prisionera.

Equis amigo, espero.

Aquí te mando algunos poemillas
míos, que no son míos
sino porque cayeron en mis manos.
Sonetos y romances o letrillas,
anónimos, apócrifos, Vilanos,
profetas de tormenta.
Desvaríos
que empiezan a contar más de la cuenta.

Entretanto, no olvido
tu romana elegía.

Y aún te pido
que juntes con tu X esta mía.

X.

DOLOR DE ESPAÑA

«Porque el muerto está en pie.»

G. A. Bécquer

¿CÓMO no nos va a doler
España, si España entera
es un muerto que está en pie?

Y en pie de guerra cainita,
ayer ardiente, hoy helada
agonía fratricida.

Toda España es gusanera
que se devora a sí misma
por dentro como por fuera.

De sí misma prisionera
en sus infiernos se abisma
sin enterarse siquiera.

MADRID. Febrero. 1972.

(Recibí tu postal picassiana de Notre-Dame de Vie.
Y ahora las fotos buenísima de ahí.)

DE X A X

QUERIDO Equis: es la madrugada.

¿Te escribo a ti? ¿Tal vez a nadie escribo?

¿Es nadie España? ¿Es nadie todo? ¿Es nada?

¿Lo que vivimos fue verdad? ¿Es cierto
que eres el mismo aquel Equis de entonces,
que yo estoy vivo o que te escribe un muerto?

¿Un muerto a un muerto? ¿Dos que ya no estamos?
Mas oigo amanecer —todo está oscuro—
y que de oscuro a oscuro nos hablamos.

Nos podemos hablar,
aunque muchos no quieran, todavía.

Ayer en Anzio vi el mar.

Volver a ver el mar que no veía
después de tanto tiempo. Era mi amor.

Siempre desde la tierra. Una terraza.

Un balcón alto. Marinero en tierra,
may ya en el alma la profunda traza
de la guerra.

Quiero,

hace ya mucho que lo estoy pensando,
escribir un segundo Marinero
con la tierra que voy pisoteando.

Equis amigo, espero.

Te trae a mal traer la monarquía,
triste rueda que viene ya rodando.
España es siempre polvo, povareda
que arrastra sangre sin hallar su día
y en polvo y sangre siempre se nos queda.
Amnistía.

Exposición de cuadros en Milano.
Una bomba de tiempo inesperada.
Valiente los pintores
que a espaldas del terror del Gran Enano
ayuden a la España amordazada
y libran sus colores
a la mano del pueblo italiano.

Tras Picasso y Miró
ningún pintor de Europa dijo no.

Y también los poetas, tantas olas
que sostienen audaces, guerrilleras,
a las ya cada día menos solas
Comisiones Obreras
españolas.

Así,
El Gran Enano que se mira allí
delante de su espejo,
triste, baboso, añejo,
coronado beato solitario,
sentirá de repente
rompérsele las cuentas del rosario
ante una mar de puños que avanza hacia su frente.

Y adiós, Equis amigo. Ya te comentaré
la crónica leída en A B C
sobre las principescas
bodas de a cuatro céntimos pardescas,
ingenioso portento
de esa continua España de esperpento.

Abrazos. Y el encomio,
antes de terminar, por las canciones
y los sonetos, con las bendiciones
de Equis de Dios al Equis del Demonio.

X.

marzo, 1972

DE X A X

EQUIS. Orto Botánico. Llegada
al fin la primavera,
verde y tranquila si no fuera espada
lo que en la tierra todavía impera.

Equis: en el Retiro
la fuente del parterre no me espera
y por la Castellana o por el Prado,
tan lejos ya, me pierdo y no me miro
de aquel tu acompañado.

Bello inicial pasado,
en sangre, dispersión y desconcierto
para siempre enterrado,
siempre enterrado, pero nunca muerto.

Hojas nos salen, como a Dafne, ramas
con barruntos de flores,
flores tranquilas si no fueran llamas,
fuego para futuros contendores.

Un ciprés. En su cima
canta un pájaro. ¿El último? No canta
porque el aire lo anima
sino porque una bala le duele en la garganta.

Equis, ¿qué hacer? ¿Nos vamos
sin más ni más y mudos de la escena?
Aunque es la primavera, ¿saludamos
a un público que sólo imaginamos,
a un inmóvil aplauso que no suena?

*Toda la tarde es cartel.
Todo el sol es redondel.*

Antonio Espina. Triste
la tierra que no habla de sus muertos
cuando el que ha muerto existe
y es campo en donde todo son desiertos.

Anzio. Domingo. Nuevamente, aquí,
pero sin toros, con el mar tranquilo
y ese azul que ya vi.

Equis: son cartas elegíacas, alas
que se me van del corazón, al filo,
o si no al filo ya en la cercanía
de aquel agonizante
*cómo de entre mis manos te resbalas,
cómo te desvaneces, edad mía.*

Pero la primavera está delante
y nosotros estamos todavía.

X.

abril, 1972

Madrid. 15 de mayo. 1972

«Lo que te queda es lo que no te queda»

Calderón

X amigo, aquí la primavera
se ha vuelto, al parecer, helado invierno,
o, como si lo fuera,
con lluvias y con vientos heladores,
que apagan los ardores
de este español infierno,
cada vez más oscuro y más eterno.

Como si eternamente
este mundo español desorientado
se occidentalizara de repente
en la Plaza de Oriente;
en la que debe haber gato encerrado.

Yo ahora, aquí sentado
en mi alero o gotera del tejado
miro, desde un rincón de mi terraza,
reverdecir la primavera errante,
en la luz, en el aire de esta plaza,
dándole eternidad a cada instante.

Errante primavera, y aún, errada,
en la que, equivocada
por el viento y el frío,
se desengaña el pensamiento mío.

Leo tus cartas. Tu libro "romanado",
que ahora llegó, impregnado
de tan viva y veraz melancolía
que siento que coincide con la mía.

El tiempo pasa, sí, pero se queda
inmóvil en el alma cuando pasa:
y cuando lo traspasa
el andar pesaroso de su rueda.

Queda lo que no queda:
la poesía.

A Garcilaso un día
quisiste tú seguir como escudero.

¡Eterno engaño de lo pasajero!

Yo a Cervantes quisiera haber seguido,
aunque no como andante caballero,
por sus vanos fantasmas perseguido,
sino como admirable jardinero
del lenguaje, paisaje estremecido.

Tú sabes del temblor de ese lenguaje
del “poeta jardinero del paisaje”
pues, como Poe, lo has sido.

Yo, desde un “alto y solitario nido”,
mirador madrileño
tan cervantino como velazqueño,
contemplo con mis ojos todavía
este milagro de jardinería.

Y te recuerdo... Y me recuerdo... En tanto
me llega con tu canto,
que es como el del jilguero en mi ventana,
tu voz que dice: ayer será mañana.

(Cada vez que tu voz llega a mi oído
parece que la siento
con tu mismo sentido,
que es un solo sentir, tan dolorido,
que su estremecimiento
le da un temblor de llanto al pensamiento.

Y pienso en la cercana lejanía
de un tiempo que se vuelve, íntimamente,
el sueño de tu sombra y de la mía:
su enigma, transparente
de clara noche y tenebroso día.

¡Ay! Esta España negra de la pena,
toro andaluz burlado en su bravura,
tiene voz de sirena
que canta un hondo cante de amargura.)

Pero la primavera florecida
todavía se enreda en nuestra vida.

Geranios, madreselvas trepadoras,
glicinias y rosales (selva espesa
plantada por la mano de Teresa)
atestiguan su paso por mis horas.

Y me parece ver en cada brote
primaveral, equivocado o cierto,
el fantasma espectral de un gato muerto
que soñó que seguía a DON QUIJOTE.

X amigo, ténme de tu mano
para que no resbale en mi porfía.

Y que no muera, al fin, como Quijano,
a manos ¡ay! de la melancolía.

X.

DE X A X

X, ya no te escribo ni tú a mí
tampoco. No discierno
hoy nada, niebla, lluvia. No sé si
mi perro es un cuaderno
o un zapato el dibujo
de la estera. Cansado
y sin nada me estrujo
la cabeza. Mi estado
nuevo de setentón famoso me ha llevado
con gran asombro a ver
cuánto se me respeta
y cuánto se me quiere
seguramente, pienso, por no haber
vuelto y continuar siendo el poeta
que de dolor, de furia o alegría
por no nacer ni cada noche muere
ni por no morir nace cada día.
X, estoy confuso. Ciegamente,
prosaica o rota o lírica o demente
marcha mi pluma sola sin mi mano
como si entre esta niebla y lluvia fuera
alguien que vagamente quisiera por un llano
seguir andando y sin seguir siguiera.
Triste de niebla y lluvia
pienso en ti ayer mañana
y el mar y el mar y en él
tú no viste la iguana
o sí la viste nunca
me parece que miento
dolor del corazón
verdad que no fue el viento
de allí ¿quién lo sabía?
aquel mira era el muro

una pupila insomne
rabia sombrío oscuro
matar matar y llueve
me qué horror desespero
de un nuevo amanecer
y otro nuevo me muero
y de que es hoy la tarde
de ayer y lluvia y pena
de ti de ti y el mar
de ti y esta cadena...

X, ¿adónde vamos?

Estás tú aquí y yo allí. ¿Ladran?

Pues cabalgamos.

X.

DE X A X

QUERIDO X: viene la tormenta
de los montes Sabinos al Aniene
y entre dalias, geranios y alhelíes
me parece que viene
a prenderme violenta
a llevarme a Alcalá de los Zegríes.
Porque en mi sueño sauces y abedules
siempre fueron Zegríes y Gazules.

En este atardecer inesperado
todo se me trastorna y amarilla
y vago desde Anticoli a Sevilla
y compruebo al llegar maravillado
que no perdí mi silla.

¡Qué bello es desbarrar, mas sin mordaza!
Hoy me siento feliz, pues mi desbarro
toma soles vinícolas en jarro
y agua de canto fresco en alcarraza.

X + X dos
X hermanas, X sustitutas
del Diablo y de Dios,
que por un paralelo y mal destino
torcieron su camino
y no acabaron sin embargo en putas.

Tal vez y sin tal vez sólo era eso
lo que hubieran querido,
pero hay ratones que al comer el queso
ya saben que escondido
se encuentra en forma grata
el sabroso veneno que los mata.

Y aquí pienso de pronto en un carrero
que dar quiere en el blanco a la carrera,
mientras que miserable-
mente el sapo pardesco muerto impera,
impera muerto pero
feroz en su inmorir interminable.

X, ¿acaso no me escribes más
porque anduviste un tiempo por París,
en donde Pompidou quiere hacer pis,
mas por el pompi, atrás,
a mi modo de ver,
notorio es que jamás se pudo hacer?

Escríbeme, aunque en prosa, X querido,
pues del mal el peor es el olvido.

X.

Anticoli Corrado, julio 1972.

que los que en el mundo a la guerra
lucharon que se acordó
muerte el año pasado cuando
lucharon aquella vez
fueron en su momento...

X. La casa no me...
puede ser...
en el...
que por el...
a un modo de ver...

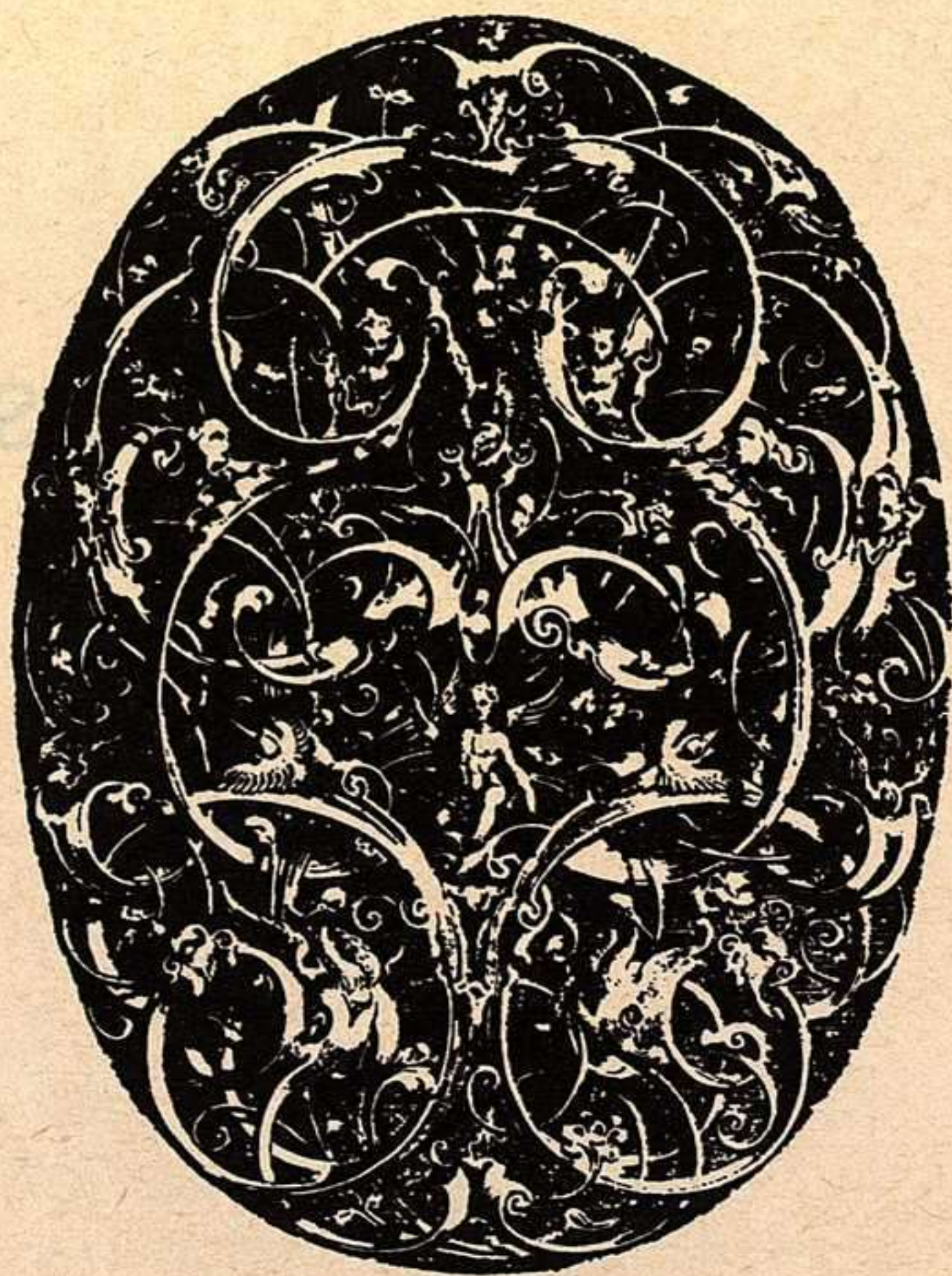
Entonces es...
Es...
pues de...
...

Que...
He...
una...
y agua de...
...

X + X...
X...
del Diab...
que por...
torcieron su camino
y no acabaron...
...

Tal vez y sin tal vez...
lo que hubieran querido,
pero hay ratones que al comer el queso
ya saben que escondido
se encuentra en forma gratis
el sabor... veneno que los mató.

... Y AL VOLVER A ESPAÑA



EL retorno de Rafael Alberti a España después de casi cuarenta años de exilio, tuvo en Barajas, olor de multitud.

En la noche de su llegada, amigos de los dos reunieron a José Bergamín y Rafael Alberti en una cena. Querían paliar unas diferencias surgidas un poco antes de la llegada de Rafael.

En el periódico *El País* había publicado Alberti una carta —que relaciono con un comentario de Francisco Umbral— en que hacía mención en horas ya del último extertor del franquismo, a muertes y fusilamientos y recordaba al rey Juan Carlos, la dictadura del general Miguel Primo de Rivera que había de costar la corona a Alfonso XIII.

Decía más o menos recordando «la pálida figura de su abuelo» y rememorando su libro poético *Entre el clavel y la espada*, que no permitiera el rey Juan Carlos «que la espada tronchara el clavel».

Surgió algún tiempo después de todo esto la recepción en la Embajada de España en Roma con ocasión de un viaje de los reyes. Recepción a la que fue invitado y asistió Rafael Alberti.

José Bergamín —el eterno republicano— escribió sobre aquel hecho unos versos a modo de coplilla «... Rafael, Rafael, por qué fuiste a la Embajada a regalarle a la espada tu clavel.»

Aquel primer encuentro y aquella cena tuvo por ese motivo, un aire de acritud. A Rafael Alberti le había molestado muchísimo el comentario de Bergamín.

A la mañana siguiente de su llegada a España, habíamos quedado en almorzar juntos Rafael y yo. Fuimos al restaurante «La Bola» en la compañía de Santiago Ontañón. Se quejaba Rafael de lo que consideraba incompreensión de Pepe «... no puede repetirse otra guerra civil...»

Buscando el acercamiento, la unión de siempre entre los dos poetas aquella noche quedé en cenar con Bergamín, pero antes con la mediación del doctor José Luis Barros, habían pensado los organizadores del encuentro en la noche anterior —que había dejado un mal sabor de boca— volver a reunirse de nuevo con ellos en «El Alabardero» un restaurante próximo a la Plaza de Oriente, que tenía siempre una mesa reservada a «Don José».

Pepe que iba a cenar con el matrimonio Allende y conmigo nos pidió que le acompañáramos. «Yo voy con mi cuadrilla» nos dijo en son de broma, cuando quisimos dejarle libre de compromiso con nosotros.

Luego llamaríamos todos a aquella cena, la cena de la reconciliación.

Estábamos José Luis Barros, Pepe Caballero y «Marifer», Olga Moliterno, José Luis Pellicena, Turia Balmaseda y de Ahumada, Alfredo Pérez Allende, Gonzalo Menéndez y Pidal...

Surgieron recuerdos de antaño, la admiración en días juveniles por Góngora, Rubén, Quevedo..., recitó poemas suyos Rafael...

La nube pasó... y al terminar la cena marchamos a la «Buhardilla» —la casa de Turia y Alfredo Pérez Allende— José Bergamín, José Luis Barros y yo... «a comentar».

Al final desde Costanilla de los Ángeles dejé a Pepe en la Plaza de Oriente.

En aquella madrugada, escribió José Bergamín el poema que nos leyó en un almuerzo el día siguiente a Turia, Alfredo y a mí y que cierra esa correspondencia que hoy publica LITORAL.

SALUTACIÓN A RAFAEL ALBERTI
(De X a X)



RAFAEL, ya estás aquí.

“Entre el clavel y la espada”.

Tu abierta mano sin nada.

(Sin alba y sin alhelí.)

Perdóname si te herí.

Yo no fui.

Fue la amargura

de esta España negra y dura,

que perdura,

y nos quema a ti y a mí.

Que nos quema a fuego lento

y da la ceniza al viento

y al humo su frenesí.

¡De qué otro modo sería

si hubiera sido otra España

la que a ti te recibía!

Todavía

se escucharía en tu canto

el eco de tu alegría.

Ahora en tu mano vacía

el invisible clavel

es flor de melancolía.

¡Dios te guarde Rafael!

